

1.

GLADYS

MARCUS

“ ¡Cómo me la hizo la Gladys!”, murmuró casi imperceptiblemente don Manuel, ahogando un sollozo. Siempre pensó que su hija, su razón de vivir, su única familia, estaría a su lado, hasta el fin de sus días.

El origen de tal dolor parental se remontaba a un no tan lejano pasado, cuando su única hija le había rogado la dejara acompañar a una familia que recién se trasladaba a la capital del país, como niñera y encargada del hogar de sus futuros patrones.

Éstos habían venido a conversar con él y a convencerlo de dejar a su hija tomar esta decisión. Se comprometieron a viajar constantemente de vuelta para visitar ellos también a sus familiares que quedaban en esa ciudad, no tan distante de la metrópolis.

Gladys quería a su padre, pero se sentía sofocada por su autoridad, amarrada, sin tener la posibilidad de cortar esas ataduras, sin poder vivir su propia vida; anhelaba tener sus propias experiencias, alejada de la tutela asfixiante de su progenitor.

Desde pequeña, tras la muerte de su madre al nacer, vivió con su abuelita, pero bajo la constante tutela autoritaria de su padre.

En el colegio prácticamente no tuvo amigas. Y si alguna vez tuvo que desarrollar alguna actividad grupal, como parte del currículum, sus compañeras debían acudir a su casa, humilde pero siempre limpia, a cumplir con ese deber. Su padre se esmeraba en hacer sentir bien a todas preparando onces, diferentes a las normales. Así pues, había palta, mortadela, mermelada, y exquisitas sopaipillas que preparaba Don Manuel, especialmente en la época invernal.

Su vida transcurrió en esa misma tónica hasta su edad actual. Niñez y adolescencia habían quedado atrás hacía ya mucho rato. Y no iba a tolerar que el resto de su

existencia fuera una réplica de lo ya vivido. Sí, quería a su padre, pero también necesitaba vivir su vida, conocer otras gentes, visitar otros lugares, tener sus propias experiencias de vida, en fin, sentirse libre, alejada de ese ambiente sofocante que a veces no la dejaba respirar.

La familia con la que deseaba irse a la ciudad capital era un matrimonio de mediana edad, con dos niños bien comportados, de edades entre 8 – la niña –, y 4- el menor.

La señora la había seducido pues era muy educada, respetuosa, y la había tratado con suma delicadeza cuando la entrevistó por primera vez.

Del caballero no podía decir mucho pues siempre se mantuvo al margen de la conversación. Ambos eran académicos de una conocida universidad local.

Estaba feliz. Era ésta la ocasión que siempre esperó para dejar el hogar paterno.

Además, tendría la ocasión para socializar con gente culta y de alto nivel educacional. No sólo aprendería de otras realidades y nivel socio-cultural. También podría entablar amistad con otras jóvenes viviendo su misma experiencia.

Tras muchos argumentos, Don Manuel la autorizó a viajar con la promesa de volver a la ciudad cada vez que sus patronos lo hicieran.

Llegó el día de su partida. A la hora indicada de antemano, un auto se detuvo frente a su casa. Don Manuel, que algo entendía de vehículos, pudo reconocer que era un Toyota Corolla, del año. Gladys cargó su equipaje en la maleta, se despidió de su padre y subió al vehículo. Sus patronos también se despidieron de don Manuel.

En el trayecto hacia su destino, Gladys entabló una amena conversación con la niña. Le contó de sus expectativas, de cómo ocuparía su tiempo, e incluso de los distintos tipos de cóctel que prepararía para las fiestas que se celebrarían con los invitados que concurrían los fines de semana.

La señora le había anticipado que, usualmente, las fiestas del año, es decir, Fiestas

Patrias, Navidad, y Año Nuevo, toda la familia viajaría a su ciudad natal, tal como lo había acordado con su padre. Por lo demás, ellos siempre lo habían celebrado de esa manera. La única excepción había sido el año que las pasaron en el extranjero por razones académicas.

Gladys oyó esto en su oportunidad, pero no lo escuchó; o, no quiso escucharlo.

Las primeras semanas fueron tranquilas y de aclimatación. Pero a medida que los meses transcurrían, sintió una suerte de monotonía que empezó a no gustarle. No había fiestas, los integrantes de la familia, si bien todos muy deferentes con ella, se enfrascaban en sus deberes. Los niños en sus tareas, los señores en sus asuntos académicos, y ella... Bueno, ella empezó a languidecer. Esto no era lo que ella tenía en mente cuando aceptó venirse a la capital. Pero, bueno, se acercaban los días de Fiestas Patrias y seguramente ahí tendría la oportunidad que tanto anhelaba de socializar y preparar los “tragos” típicos para la ocasión.

Un par de días antes de este evento nacional, la señora le avisó que se preparara pues viajarían todos de regreso a la ciudad a pasar estas festividades.

“Ah, no “, se dijo. Yo me quedo”.

-“Yo vine a conocer y a pasarlo bien. No regresaré a lo mismo”, le dijo a la señora.

- “Pero yo le prometí a su papá”- retrucó ella.

-“No, señora, yo me voy mañana”, insistió Gladys.

No hubo forma de hacerla entrar en razón. Al día siguiente, pidió su finiquito y desapareció entre las calles embanderada del vecindario.

Nunca pudo la familia dar información alguna a don Manuel respecto del paradero de su hija; tampoco si Gladys alguna vez regresó o se contactó con su padre.